

bor, abriéndose ante él las puertas de todas las plazas, y quedando apoderado de la principal provincia del reino.

Aprovechando, pues, la ocasión en que el duque de Anjou discurria por el Abruzzo con todos los nobles y principales napolitanos, aventuróse el de Aragón á cercar á Nápoles por mar y por tierra (20 de setiembre) á pesar del corto número de navas que le habia quedado. Pero no solamente halló en la ciudad una resistencia que no esperaba, sino que tuvo la desgracia de perder en el cerco á su hermano el infante don Pedro de un tiro de lombarda que le llevó la mitad de la cabeza. *Dios te perdona, hermano*, exclamó el rey lanzando sollozos, *que otro placer esperaba yo de tí que verte de esta manera muerto. Sea Dios loado, que hoy murió el mejor caballero que salió de España*. Era de edad de veintisiete años, y tan generoso y esforzado, que la misma duquesa de Anjou mostró dolor por su muerte con ser su enemigo, y ofreció al rey lo que fuese menester para sus exequias. Deliberó, no obstante, don Alfonso continuar el cerco con mayor ánimo y resolución, y llegó á poner la ciudad en tanto estrecho y padecimiento que no era posible se sostuviese muchos días, y hubiérasele rendido á no haber alojado los barones italianos y desviándose de la empresa con pretexto del invierno, obligándole á levantar el cerco á los treinta y seis días. Con todo eso, lejos de renunciar á la conquista, negóse á la excitación que las córtes de sus reinos le dirigieron para que se volviese á Cataluña, donde ya se hacia sentir la larga ausencia de su soberano. Tan empeñado se hallaba el aragonés en esta guerra, que ya ni admitió la mediación que el papa le ofrecia para entrar en conciertos con el de Anjou, ni accedió á lo que le proponia su buen aliado el duque de Milan, á saber, que ambos retirasen los embajadores que tenían en el concilio de Basilea, cosa que hubiera podido desbaratar aquel concilio, y habria complacido sobremanera al papa.

Gran contratiempo fué para él el arribo de una flota genovesa al puerto de Nápoles, y mayor el de haberse apoderado del castillo Nuevo, que tantos años hacia estaba por los aragoneses, sin que le valiera ni el heroico esfuerzo de sus defensores, ni el socorro de galeras y de bastimentos que él procuró enviarles desde Gaeta. El castillo fué entregado á los embajadores de Francia, los cuales le pusieron luego en poder del de Anjou (1439). Pero la fortuna le indemnizaba de esta pérdida por otro lado. Las ciudades y castillos de Aversa y de Salerno se rendian á sus armas, los condes y señores de la casa de San Severino se reducian á su obediencia, y la muerte inesperada de su enemigo mas terrible Jacobo de Caldora, el mejor y mas valiente capitán de sus tiempos, le libertaba de un grande adversario. Los hijos de este Caldora llegaron á desavenirse con el de Anjou, y despues de haberlo puesto en el caso extremo de salirse de Nápoles á pié, y andar de noche por desusadas veredas corriendo mil peligros para ir á reunirse y prevenir una escision, vióse en nuevos riesgos con los soldados mismos de Antonio Caldora, duque de Bari, y no pudo evitar que ellos y su caudillo entrasen en secretas pláticas con el rey de Aragón, y que acabaran por pasarse á sus banderas (1440). De tal manera iban combinándose las cosas en favor del monarca aragonés, que escribia á la reina su esposa manifestándole la mayor confianza de salir victorioso en su empresa, y dando toda la preferencia á la guerra de Nápoles, dejaba á sus hermanos el rey don Juan de Navarra y el infante don Enrique que atendiesen por si solos á las cosas de Castilla (1).

En la cuestion del nuevo cisma que se habia suscitado en la Iglesia conducíase Alfonso de Aragón con la reserva y la política tan propias de los monarcas aragoneses. El concilio de Basilea habia llevado su animosidad á Eugenio IV hasta el extremo de despojarle de la tiara, nombrando en su lugar á Amadeo, duque de Saboya, que voluntariamente habia renunciado á las cosas del siglo y retirándose á hacer vida eremítica, el cual tomó el nombre de Félix V. El rey de Aragón habia

(1) Por este tiempo fué la sublevación de los grandes de resultas de la prision del adelantado Pedro Manrique por don Juan II, la entrada de aquellos dos principes en Castilla, la concordia de Castrunovo, el destierro de don Alvaro de Luna, y la restitucion de sus Estados á los infantes de Aragón, que dejamos referido en el capítulo precedente.

tenido la cautela de hacer retirar sus embajadores del concilio antes de la terminacion del proceso, para que no tuviesen parte ni en la deposicion de Eugenio ni en la eleccion de Félix, y quedar él en aptitud y disposicion de guardar ó aparentar neutralidad entre los dos papas Eugenio y Félix, al modo de su abuelo el rey don Pedro cuando ocurrió el cisma entre los dos pontífices Urbano y Clemente. Asi fué que al principio trató al mismo tiempo con el papa Eugenio, con el concilio de Basilea y con el intruso Félix, sin declararse por ninguna de las partes, como quien esperaba que la Iglesia católica decidiese á quién se habia de obedecer, ó acaso con el fin de adherirse á aquel de quien calculase sacar mejor partido. Desgraciadamente parece que el monarca aragonés miró menos en este caso á sus creencias que á sus intereses, menos á la conveniencia de la unidad religiosa que á su conveniencia política, si es cierto lo que dice el juicioso y desapasionado cronista de Aragón, que prometió al intruso Félix acompañarle con sus galeras hasta ponerle en su silla pontifical como á verdadero y universal pastor de los fieles, con tal que le confirmara la adopción y donacion del reino de Nápoles hecha en él por la reina Juana, ó la otorgara de nuevo para él y sus sucesores (2). Creemos, sin embargo, por nuestra parte que si tal ofreció el rey don Alfonso, no lo hacia con la intencion de cumplirlo, sino con el fin de intimidar por este medio al papa Eugenio y retraerle de contrariar su empresa y de dar favor á sus enemigos.

Iba entre tanto ganando terreno cada dia la causa del rey de Aragón en Italia. La adhesion definitiva del duque de Bari y de toda la familia de los Caldoras le dió un gran refuerzo, así como dejó quebrantado el partido del duque de Anjou. La rendicion de la importante ciudad de Benevento (1441) le fué de una utilidad inmensa, no solo para las cosas del Abruzzo sino para la conquista de todo el reino. La toma de esta y de otras plazas le facilitó poder ayudar al duque de Milan, su mas íntimo aliado, para la invasion de la Marca y demás tierras ocupadas por el conde Francisco Sforza, su enemigo mas poderoso: hasta pensaba en llevar la guerra por mar á los venecianos y florentinos, sin dejarse seducir por las capciosas proposiciones de concordia que los embajadores de la señoría de Florencia le hacian. Infatigable y activo el aragonés, se entró por la Capitanata y tierras de la Pulla contra el conde Sforza, á quien el papa Eugenio favoreció ya abiertamente enviándole el cardenal de Tarento con el ejército de la Iglesia. Despues de algunos triunfos mezclados con pequeños reveses alcanzó Alfonso una señalada victoria contra la gente de Sforza al pié de los muros mismos de Troya en la Pulla, haciendo prisionero al conde de Celano y á otros ilustres barones. Pero surgianle otras nuevas y mayores dificultades que vencer. Cuando ya parecia anonadado el duque de Anjou, su principal competidor, y aun se dudaba si estaba en el reino ó en Provenza, al ver la prosperidad con que marchaban las cosas por parte del rey de Aragón, formóse contra él una gran liga, en que entraron el papa Eugenio, las señorías de Venecia, Florencia y Génova, y la mayor parte de los potentados de Italia, no ya solo para impedirle la conquista de Nápoles, sino para lanzarle del territorio italiano. Diez mil soldados le fueron enviados al cardenal de Tarento al mando de Juan Antonio Urbino, conde de Tagliacozzo, con los cuales sojuzgó todo el condado de Albi. Aun mas que esto desconsoló al rey don Alfonso el saber que su íntimo aliado el duque de Milan, que habia ofrecido casar su hija Blanca con el infante don Enrique hermano del rey, trataba de casarla con el conde Sforza, el mayor enemigo de entrambos. Y mientras el rey le pedia explicaciones y le rogaba que le descifrase aquel extraño misterio, se realizaba y cumplia aquel extraño matrimonio. Daba por excusa el milanés haberlo hecho por necesidad, y aconsejaba al rey que procurara concordarse con Sforza, con el papa Eugenio y con los demás confederados.

Nunca Alfonso V de Aragón se mostró, ni mas animoso, ni mas noblemente altivo, ni mas grande que en esta ocasion, en que se conjuraban contra él todos los enemigos, y los mas amigos parecian desampararle. Su heroica resolución la mos-

(2) Zurita, Anal. de Aragón, lib. XV, c. 1.

tró en la respuesta que dió al de Milan: «Decid al duque, le dijo á su embajador, que le agradezco sus buenos consejos, pero que no pienso usar dellos de presente. Porque cuando parti la postrera vez de Cataluña há cerca de diez años para emprender los hechos deste reino, hicelo yo con conocimiento y deliberacion de que no solamente el papa y la casa de Sforza, sino por ventura toda Italia me seria enemiga, y por eso mismo me seria forzado hacer rostro á cuantos me quisieren ser adversarios en esta empresa, y por este respecto á poner en peligro mi persona, Estados, reinos y bienes... Decid, pues, al duque, añadia, que se dé buena vida y tenga buen ánimo, que yo espero que sin inteligencia ni amistad del papa, ni del conde Francisco, ni de venecianos y florentinos me habré de dar buena maña en la empresa que traigo entre manos de la conquista deste reino, y me defenderé de cada uno dellos y aun de todos juntos, porque tarde se han juntado y unido para lanzarme dél, habiéndome dejado llegar tan adelante, y conocerán que tienen que habérselas con un rey... Espero, concluia, que pronto habrá buenas nuevas, y crea verdaderamente que siempre que el caso lo requiera haré por él mas que por otro príncipe del mundo.»

Pero la prueba mas elocuente de que no le intimidaba la liga, fué ponerse sobre Nápoles y cercar la ciudad. Sorrento, Puzol, lo principal de la Calabria fué sometido al rey de Aragón, y allí comenzó el infante don Fernando su hijo á mostrar un esfuerzo y valor que daba esperanzas de que habia de semejarle á su padre. Llegó á poner la ciudad en tal aprieto y extremo cual no se habia visto nunca, y era menester que los napolitanos amasen mucho á Renato de Anjou para que sufriesen por él tanta miseria y tantos padecimientos, padecimientos de que en verdad participaba él discurrendo de dia y de noche por la ciudad, solo ó poco acompañado, y proveyendo á todo. En tan criticas circunstancias, tan inestable y versátil el capitán Antonio Caldora como la mayor parte de los principes italianos de aquel tiempo, se rebeló otra vez contra el rey por instigacion del noble Sforza (1). Sostenian á los napolitanos los socorros que de cuando en cuando les llegaban de Génova, pero reforzándose cada dia con nuevas navas la armada de Aragón, se cerró la entrada á los buques genoveses. Continuaban no obstante defendiéndose los sitiados con valerosa resolución, hasta que un cuerpo de aragoneses penetró en la ciudad por una mina ó acueducto subterráneo, el mismo por donde habia entrado el gran Belisario en tiempo del emperador Justiniano. Entonces don Alfonso de Aragón mandó combatir y escalar la ciudad, empeñándose una reñida y brava pelea, en que el duque de Anjou luchó personalmente con el arrojo de la desesperacion, hasta que envueltos por todas partes los suyos tuvieron que retirarse al castillo Nuevo. La ciudad fué puesta á saco, y hubiera sido del todo robada si entrando el rey no hubiera mandado á público pregon y bajo pena de la vida que cesara el pillaje, se respetara el honor de las mujeres y se tratara con clemencia y humanidad á los vencidos. Quedó, pues, en poder de don Alfonso V de Aragón (2 de junio, 1442) aquella importante ciudad, para cuya conquista habia empleado por espacio de veinte años todas sus fuerzas de mar y tierra, pasado mil trabajos y expuesto su persona á todo género de peligros, que fué causa de que estimase mas aquella sola ciudad que todos sus reinos y Estados, y que la amase como á su propia patria.

A los pocos dias de la entrada del ejército aragonés en Nápoles, el duque de Anjou se fugó del castillo en un navio de Génova, y los de Aragón cercaron el castillo Nuevo y el de San Telmo. El rey don Alfonso salió á combatir á los Caldoras, que tuvieron la temeridad de aceptar la batalla contra un príncipe vencedor y poderoso. En ella fué derrotado y hecho prisionero el rebelde Antonio Caldora, duque de Bari, despues

(1) Es admirable la poca fe y la ligereza con que los principes de Italia mudaban de partido. El conde de Caserta en el espacio de dos años habia militado en cinco diferentes y contrarias banderas, pasando de unas á otras, y los soberanos los recibian siempre, acostumbándose á tenerlos como auxiliares mercenarios por el tiempo que quisiesen servirles.

de haber peleado como gran capitán, como buen caballero y como valeroso soldado. El magnánimo Alfonso tuvo la generosidad de perdonarle sus yerros pasados y de restituírle la libertad, que fué una de las mas señaladas grandezas del monarca aragonés. Despues de este triunfo en Sassano procedió á someter la provincia del Abruzzo, que redujo casi toda. Aproximándose el invierno y siendo aquella comarca destemplada y fria, pasó á la Capitanata, y cobró lo que habia quedado fuera de su obediencia en la Pulla. Hizo seguidamente lo mismo en Calabria. El duque de Anjou se habia refugiado á Florencia, donde se hallaba el papa Eugenio, el cual le dió entonces la investidura del reino de Nápoles, precisamente cuando acababa de ser expulsado de él. Harto conoció el destrozado príncipe lo inoportuno de la concesion pontificia, y en prueba de la poca apreciacion que hacia de una honra otorgada tan fuera de sazón, y sentido al propio tiempo de la poca eficacia con que Sforza y otros capitanes de Italia le habian ayudado, dió orden para que los castillos Nuevo y de San Telmo se entregasen á los aragoneses, y él se retiró á la Provenza. Todos los de la liga, incluso el pontífice Eugenio, andaban ya procurando, por mediacion del duque de Milan, concordarse y avenirse con el victorioso monarca aragonés. Admitió Alfonso y aun dió mando en su ejército al valeroso caudillo Nicolo ó Nicolás Picinino; entretuvo muy políticamente al de Sforza, todo de acuerdo con el de Milan, y se mostró dispuesto á entrar en concordia con el papa. Con esto y con tener ya subyugado casi todo el reino, determinó Alfonso hacer su entrada solemne en Nápoles.

Para la entrada triunfal de Alfonso V de Aragón en Nápoles prepararon los que tenían el gobierno de la ciudad magnificas y pomposas fiestas, al modo de las que se hacian á los antiguos triunfadores romanos. Hicieron derribar hasta cuarenta brazas del muro, concurrieron á acompañarle todos los principes y barones del reino, y el 26 de febrero de 1443 entró el rey don Alfonso en Nápoles en un carro triunfal tirado por cuatro caballos blancos, en medio de las aclamaciones de un pueblo que tanto tiempo le habia resistido, y confundiendo las demostraciones de júbilo de los vencidos y de los vencedores. Alfonso dió un nuevo testimonio de su liberalidad y su grandeza, concediendo y publicando indulto general para todos sus antiguos enemigos sin excepcion, y recompensando largamente á sus fieles y leales servidores. Congregó el parlamento general del reino; propuso y se adoptaron en él medidas de gobierno y de administracion; y á propuesta y peticion de los mismos grandes y barones declaró al infante don Fernando, su hijo bastardo, duque de Calabria y heredero y sucesor suyo en aquel reino (2).

Hasta entonces habia estado don Alfonso entreteniéndose con esperanzas y con pláticas á los dos papas, al verdadero, que era Eugenio IV, y al nombrado por el concilio de Basilea, que era Félix V, sin decidirse por ninguno de ellos, para tener en respeto al uno con el otro, y poderse adherir al que mas le conviniese. Dueño ya de Nápoles, se resolvió por la concordia y confederacion con Eugenio bajo las condiciones siguientes: que habria perpetua y firme paz entre el papa y el rey, con olvido y remision de todas las injurias pasadas; que Alfonso reconociera al papa Eugenio por único, verdadero y no dudoso pastor universal de la Iglesia, y el papa daria al rey la investidura del reino de Nápoles, confirmando la adopción que de él habia hecho la reina Juana, con cláusula de que no obstase haber adquirido y conquistado el reino por las armas; que el pontífice Eugenio expediria bula de legitimación al infante don Fernando hijo del rey, habilitándole para suceder en

(2) No tenia entonces, ni tuvo despues el rey don Alfonso hijos legítimos de la reina doña María. Este don Fernando, á quien su padre hacia llamar infante, era bastardo, y no se supo con certeza quién fuese su madre. Juan Joviano Pontano refiere sobre esto variedad de opiniones, inclinándose él á que lo habia sido la infanta doña Catalina, cuñada del rey. El papa Calixto, que fué enemigo declarado del infante don Fernando cuando sucedió en el reino, decia que no era hijo de Alfonso, sino de un hombre bajo y de vil condicion. Otros piensan que le tuvo de doña Margarita de Híjar, dama de la reina (Zurita, Anal., lib. XIV, cap. 35); de este parecer es el señor Bofarull, Condes de Barcelona, tom. II, página 315.



aquellos reinos, y dándole el gobierno de las ciudades de Benevento y Terracina, y que el rey emplearía las fuerzas suficientes para cobrar las tierras de la Iglesia que el conde Sforza tenía ocupadas en la Marca (julio, 1443). De esta manera, al cabo de veintidos años de lucha recibía el rey de Aragón del jefe de la Iglesia la sanción legal del derecho al trono y reino de Nápoles que acababa de hacer prevalecer con las armas.

En cumplimiento de este pacto pasó el rey á la Marca contra el conde Sforza, y arrancó de su poder para restituirlas al papa aquellas antiguas posesiones de la Iglesia, á pesar de los requerimientos que le hizo el duque de Milan para que respetara al conde Francisco su yerno, á quien había acogido bajo su protección y defensa. No era cosa fácil entenderse con aquellos príncipes italianos, enemigos ayer y aliados hoy, amigos hoy para ser adversarios mañana. Participando de esta inestabilidad el de Milan, que había sido el mas constante enemigo de Sforza y el mas consecuente aliado y auxiliar del rey de Aragón, ó porque temiese ya el excesivo engrandecimiento de este, ó porque tal fuese la índole y carácter de la política italiana, no se contentaba ya con favorecer al de Sforza, sino que hizo confederación y liga con la señoría de Venecia y con los comunes de Florencia y Bolonia, excluyendo de ella al papa y al rey de Aragón, so pretexto de haber sentado por base la eliminación de todo el que estuviera constituido en mayor dignidad que ellos, é intimando y notificando al aragonés que desistiese de la guerra que hacia en la Marca al conde Francisco Sforza, y que hiciese tregua con los genoveses. A esto último accedió el rey don Alfonso, y en su virtud se asentó la tregua, y aun se hizo una especie de concordia, en que la señoría de Génova prometió presentar al rey en cada un año una fuente de oro, ó bien una copa redonda, en señal de honor y en reconocimiento de adhesión y benevolencia (abril, 1444). Con respecto al conde Sforza, sin desistir el rey de la empresa de la Marca, pero queriendo al propio tiempo evitar un rompimiento con el de Milan, á quien no acertaba á tratar sino como á antiguo amigo ni á mirar sino como á un padre, dirigióle amorosas reflexiones, preguntábale cuáles eran sus intentos para no discrepar de él si posible fuese, haciale prudentes proposiciones para el caso en que Sforza se redujese á la obediencia del papa, y señalábale otros caminos para fundar una paz segura en el reino, dispuesto siempre á ayudarle y complacerle: mas á pesar de sus esfuerzos no podia obtener del de Milan una contestación satisfactoria.

Sobrevino en tal situación al rey don Alfonso, hallándose en Puzol, una enfermedad tan grave que llegó á publicarse en Nápoles que había muerto, moviéndose con esta noticia tales alteraciones en aquella ciudad que ya los aragoneses y catalanes no cuidaban mas que de salvar sus personas y bienes en los castillos. Restablecido felizmente el rey, acabó de comprender en aquella ocasion la inconstancia de los barones italianos y lo poco que podia fiar de los naturales de aquel reino. Disimuló, sin embargo, cuanto pudo, y procuró asegurar la sucesión de aquel Estado en el duque de Calabria su hijo, enlazándole con la familia mas poderosa de él, que era la del príncipe de Tarento. Trató, pues, su boda con Isabel de Claramonte, hija de Tristan, gran privado del rey Jacobo de la Marca, y de Catalina Ursino, hermana del de Tarento; é hizo que el papa otorgase las bulas de legitimación é infeudación, si bien el pontífice quiso que se tuviesen secretas por entonces, y no fueron entregadas al rey hasta el año siguiente.

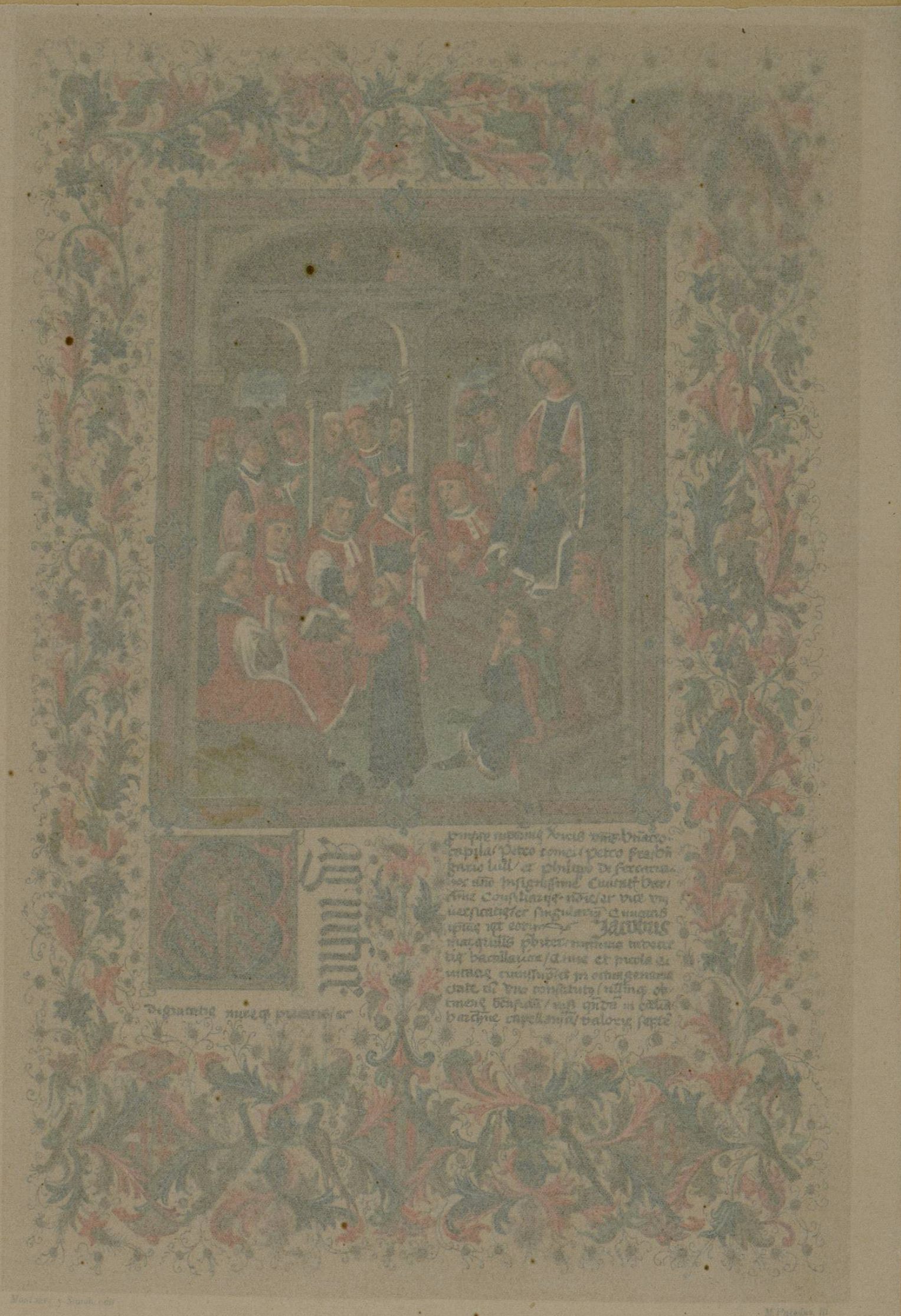
No podia haber paz en aquellas regiones, ni cesaban los príncipes y barones italianos de suscitar embarazos al rey de Aragón. Mientras las fuerzas reunidas del duque de Milan y del conde Sforza atacaban y vencían las tropas de la Iglesia con prision de su jefe el capitán Picinino, el monarca aragonés tuvo que hacer la guerra al marqués de Cotron, que se le había rebelado tan obstinadamente que ni amenazas ni promesas bastaban á hacer que se diese á partido. D. Alfonso se fué apoderando de sus Estados, y por último cercó al marqués y á la marquesa en su castillo de Catanzaro y los redujo á tal estrechez que al fin hubieron de rendirse. El rey les hizo gracia de la vida, les privó de su Estado y los envió á Nápoles, donde vivieron muchos años miserablemente (1445).

Llegó ya el caso de que tratara entre el papa y el rey de

Aragón de la paz universal de Italia, que ambos apetecían, entre otras muchas razones, porque el primero despues de tantos años de guerra veía perdidos otra vez los Estados eclesiásticos de la Marca de Ancona, y el segundo, porque aunque parecia asegurado en la posesión del reino de Nápoles, la continua inquietud de los Estados italianos ni le permitía venir á Aragón, ni atender desde allá convenientemente á las contiendas y guerras que sus hermanos don Juan y don Enrique continuaban sosteniendo contra don Juan II de Castilla, y que iban en aquel tiempo de mal en peor para los infantes aragoneses. Enviáronse, pues, mutuamente embajadores el papa Eugenio y el rey don Alfonso para concertar los medios de la paz, pero ofrecíanse dificultades graves, no solo por parte de las diferentes potencias y principados de Italia, sino tambien entre ellos mismos, ya sobre los términos y cláusulas de las bulas de infeudación de los reinos de Nápoles y Sicilia, ya sobre la autoridad que habían de tener los decretos del concilio de Basilea desde el tiempo en que el pontífice le trasladó á Ferrara, y quedaron los embajadores de Aragón y de Castilla en Basilea y estuvo el rey apartado de la obediencia del papa. Así fué que durante estos tratos de tal manera se apercebían y preparaban todas las naciones y todos los príncipes, que podia dudarse si se disponían á una paz ó se disponían á una guerra general. En esto el duque de Milan, ya por congratarse al rey de Aragón, ya por la ventaja que á él había de resultarle, le excitaba á que sojuzgase la ciudad y el comun de Genova; propuesta á que se negó don Alfonso, no solo por contraria á la general concordia á que intentaba traer los príncipes italianos, sino porque conocia bien cuán aborrecida era en Génova la dominación de los aragoneses y catalanes. Mas no pudiendo desprender de sus antiguas afecciones al milanés ni olvidar sus anteriores servicios, como supiese que los venecianos le habían tomado el condado de Cremona y amenazaban no parar hasta las puertas de Milan, le envió generosamente sus galeras, con recado de que si no era bastante aquel socorro haria todo lo demás que fuese menester hasta poner de nuevo en peligro su persona por él y por su Estado. Con la propia generosidad socorrió al papa contra el conde Sforza y los florentinos, hasta obligar á estos á enviarse sus embajadores y mover pláticas de concordia. De suerte que el rey de Aragón, al propio tiempo que era el amparo de los príncipes de Italia en sus conflictos, cumplía y desempeñaba de este modo su noble papel de pacificador general (1446).

Así las cosas, vino á darles nuevo rumbo la muerte del papa Eugenio IV ocurrida al año siguiente (23 de febrero, 1447), y la elevación á la cátedra pontificia del cardenal de Bolonia con el nombre de Nicolás V, tan desnudo de ambición como amante de la paz, por la cual trabajó desde luego y envió con este fin sus legados al concilio de Ferrara. Por su parte el rey de Aragón dió tambien un gran testimonio de su deseo de contribuir á la pacificación general, recibiendo en su gracia al conde Francisco Sforza, que había sido su mas terrible y tenaz enemigo, y dándole mando en su ejército, todo de acuerdo con el duque de Milan á quien en esto se propuso complacer, para que guerreade con los venecianos y florentinos, únicos que parecia ya estorbar el proyecto de universal pacificación. Todo conspiraba entonces al engrandecimiento de don Alfonso de Aragón y al aumento de su poder é influjo, aun contra su propia voluntad. Por mas que él con admirable prudencia y raro desinterés se había opuesto á lo que el duque de Milan pensaba hacer en su favor, este, por uno de aquellos caprichos difíciles de definir, se empeñó en nombrar al rey de Aragón heredero universal de sus Estados, y así lo dispuso en su testamento, dejando solamente á su hija única Blanca María, mujer de Francisco Sforza, la ciudad y condado de Cremona. Á la muerte del duque, que sucedió á poco tiempo (agosto de 1447), hubo gran movimiento en Milan, poniéndose en armas los diferentes partidos, y no saliendo en él bien librados los de la nación catalana, que con este nombre se designaba allí á catalanes y aragoneses.

Don Alfonso, que se hallaba hacia ocho meses en Tivoli con objeto de atender mas de cerca á las repúblicas enemigas, comprendió en su recto juicio la grande oposición que habría de hallar para posesionarse de aquel Estado, ya por la tenden-



1448. Miniatura-portada facsimile del *Libro de Usages de Catalunya* por el Dr. JAIME MARQUILLAS. Representa al autor en el acto de entregar su libro á los concejales de Barcelona, delante del rey D. ALFONSO Y DE ARAGON. (Reducido á las dos terceras partes de su tamaño.) Este Códice se conserva en el archivo del Ayuntamiento de Barcelona.